

Estrella

Júlia Pejó Vergara¹

Estrella siempre había sido una chica callada. Le gustaba aislarse del mundo escuchando música vieja en su Ipod o leyendo novelas antiguas. Apenas tenía amigos, y los pocos que poseía tampoco se acercaban mucho a ella. Algunos la llamaban rara, pero lo cierto es que nadie la conocía lo suficiente como para apodarla de aquella manera. Era baja y muy flaca, y su largo cabello oscuro le tapaba media cara, de tal forma que apenas se podían apreciar sus bonitos ojos de color miel.

Estrella no tenía la costumbre de contar las cosas en su casa. Su madre trabajaba día y noche en el bar para sacar adelante a sus hijos, y su padre les había abandonado hacía ya mucho tiempo. Se había vuelto un alcohólico desmesurado y, a juzgar por sus tendencias violentas, seguramente ya estaría encerrado en algún centro. Su hermano, de apenas 6 añitos, era un niño muy vivo y alegre, el alma que daba vida a la familia.

A Estrella nunca le había gustado ir a la escuela. No es que no le agradase aprender, sólo que se aburría y se pasaba las clases al

fondo de todo del aula, leyendo libros que solo ella lograba comprender. Al principio nadie se fijó en ella, era como un fantasma que pasaba desapercibido para sus compañeros, pero a medida que todos se fueron haciendo mayores empezaron a meterse con ella. Primero eran solo insultos puntuales, o algunas críticas a las que la chica no dio importancia. Al fin y al cabo no podía caer bien a todo el mundo, ¿no? Pero luego la cosa fue a peor: las ofensas fueron a más, y a más. Estrella nunca contó esos problemas a nadie, no quería preocupar a los demás. El día en que la chica cumplió 15 años descubrió una nota llena de barbaridades y firmada por gran parte de sus compañeros dentro de uno de sus libros, pero no dijo nada. Empezó a sentirse mal. ¿Y si lo que decía en la nota era verdad? ¿Y si no servía para nada? Aquel día lloró toda la noche, pero nadie se enteró. Al cabo de unas pocas semanas, al salir del instituto, recibió un empujón desafortunado, y como siempre no le dio importancia, pero al día siguiente el empujón fue más fuerte y así sucesivamente,

Para citar el artículo: PEJÓ VERGARA, Júlia. Estrella. *Revista de Treball Social*. Col·legi Oficial de Treball Social de Catalunya, abril 2015, n. 204, páginas 161-162. ISSN 0212-7210.

¹ 14 años, estudiante de 2º curso ESO.

hasta que un día la tiraron al suelo. Estrella le dijo a su madre que la herida de su rodilla solo era una consecuencia de haberse caído por las escaleras.

La cosa iba siempre a peor, cada día se metían con ella, todo el mundo la marginaba, y lo que era peor: nadie la defendía. La chica empezó a odiar su cuerpo y a odiarse a sí misma. Llegó un punto en el que ni la música ni las novelas la hacían sentirse bien. Su madre no sabía nada porque casi no la veía, y su hermano, a pesar de verla más triste, todavía era pequeño y no lograba comprenderla. Dejó de hacer lo que había hecho siempre, se pasaba las horas ahogando sus llantos en la almohada y dejó de ser quien era.

Un día de invierno toda la clase la rodeó y empezaron a gritarle, a insultarla, a mofar-

se de ella, y Estrella no lo soportó más. Aquella misma noche se acercó al balcón de su habitación y contempló la ciudad iluminada, tan llena, tan alegre... Y en cambio ella tan vacía, tan sola... Pensó en su vida, en su familia, en sí misma, y decidió que le había llegado la hora. Lentamente se subió a la barandilla, y con la cabeza bien alzada, contemplando las estrellas que le habían dado nombre, se dejó caer al vacío.

Es curioso cómo los humanos tendemos a atacar a los más débiles, intentando ocultar nuestra propia fragilidad. Y es que Estrella, a pesar de todo, siempre había sido una chica sonriente.

Pero aquel día su sonrisa se borró para siempre.